

DISCURSOS SOBRE LA INFANCIA. ESTUDIOS HISTÓRICO- CONCEPTUALES DE PHILIPPE ARIÈS

Mario Gustavo Martínez (UNLP)

mariogmartinez2011@gmail.com

Analía Emmerich (UNLP)

analiaemmer@yahoo.com.ar

Resumen

La presente ponencia consiste en un abordaje de la problemática de la infancia en tanto concepto construido a través del tiempo mediante discursos sociales que han ido instaurando diversas prácticas culturales en torno al lugar e importancia reservados a los niños/as en el mundo de los adultos, en las producciones artísticas, en las instituciones educativas, entre otras instancias que fueron surgiendo y desarrollándose en las sociedades occidentales. La concepción de la infancia, esto es, qué se entiende en relación a ella y cuáles son sus características, es un tema considerado central, complejo y multidimensional en el campo de estudios más amplio de las Ciencias Sociales. Con frecuencia el concepto de infancia es dado por supuesto en los contextos de investigación en Psicología, procesos de enseñanza y aprendizaje, prácticas corporales, entre otros, que se llevan a cabo en diferentes ámbitos académico-culturales, juntamente a prácticas político-institucionales orientadas al cambio social en materia de niñez y adolescencia. Entonces, con la finalidad de ahondar en los diversos aspectos que conforman a la infancia como categoría histórico-epistemológica compleja se recurrió a la realización de un trabajo de indagación teórico-conceptual en que se articulan aportes significativos desarrollados por Philippe Ariès sobre la temática en cuestión.

Palabras clave: infancia, discursos, historia, educación, psicología.

Presentación

El presente trabajo de articulación se produce en el marco de los desarrollos teórico-conceptuales realizados para el proyecto de investigación *“El jugar como actividad sublimatoria. Procesos de simbolización en niños y adolescentes de la ciudad de La Plata: Un estudio exploratorio”* (PPID S/013) dirigido por Prof. Andrea Mirc, en el que participan las Cátedras Psicología Evolutiva I y Psicología Clínica de Niños y Adolescentes de la Facultad de Psicología de la UNLP, proyecto al cual además se busca aportar desde esta instancia de exposición que consiste en un abordaje de la problemática de la infancia en tanto concepto construido a través del tiempo mediante discursos sociales que han ido instaurando diversas prácticas culturales en torno al lugar e importancia reservados a los niños/as en el mundo de los adultos, en las actividades y producciones artísticas, en las instituciones educativas, en las configuraciones familiares, etc., que fueron surgiendo y desarrollándose en las sociedades occidentales. La concepción de la infancia, esto es, qué se entiende en relación a ella y cuáles son sus características, es un tema considerado central, complejo y multidimensional en el campo de estudios más amplio de las Ciencias Sociales. Frecuentemente el concepto de infancia es dado por supuesto en los contextos de investigación en Psicología, procesos de enseñanza y aprendizaje, prácticas corporales, entre otros, que se llevan a cabo en diferentes ámbitos académico-culturales, juntamente a prácticas político-institucionales orientadas al cambio social en materia de niñez y adolescencia. Con la finalidad de ahondar en los diversos aspectos que conforman a la infancia como categoría histórico-epistemológica compleja se recurrió a la realización de un trabajo de indagación conceptual en que se articulan aportes significativos desarrollados por Philippe Ariès sobre la temática en cuestión. De este modo, un estudio integral que contemple diversos discursos disciplinares (procedentes de la Psicología del Desarrollo, de la Historia, de la Educación Física, etc.) podría promover un conocimiento mucho más completo sobre la concepción de niño, sobre el desarrollo psíquico

(y sociocultural) durante los primeros años de vida del ser humano, categorías de pensamiento aplicables incluso a la actualidad de las nuevas subjetividades.

Aportes históricos de Philippe Ariès sobre el concepto de infancia

Philippe Ariès, historiador francés de renombre, afirma lo siguiente: “la actitud de los adultos frente al niño ha cambiado mucho en el curso de la Historia y, ciertamente sigue cambiando hoy día ante nuestros ojos.” (Ariès, 1986: 5). Sin embargo, sostiene que tales cambios han sido tan lentos e incluso imperceptibles que nuestros contemporáneos no se han percatado de ellos (aclara que en la actualidad, ya que todo se mueve rápidamente, esos cambios se notan mejor). Al respecto añade que en otros tiempos tales mutaciones no se distinguían de los datos constantes que ofrece la naturaleza; es más, las etapas de la vida humana se identificaban en efecto con las estaciones. Dicho fragmento sirve a los fines de comprender que tanto la historia como la temporalidad en términos evolutivos son construcciones socioculturales. Acorde a estos planteos, en otro texto en que trata el descubrimiento de la infancia recurriendo en principio a la Historia del Arte, Ariès (1987) afirma que hasta aproximadamente el siglo XVII el arte medieval no conocía la infancia en tanto tal (o no trataba de representársela); esto es, en aquella sociedad no había espacio para la misma. Es así como hasta finales del siglo XIII no aparecen en el arte niños caracterizados por una expresión particular, sino más bien como hombres de tamaño reducido. Ariès acota al respecto que parece como si la representación realista del niño o la idealización de la infancia fueran propias del arte griego. Evidentemente la idea de infancia desaparece de la iconografía junto a los otros temas helenísticos, y de este modo las artes románicas volvieron al rechazo de los rasgos específicos infantiles que caracterizaba ya a las épocas arcaicas (anteriores al helenismo). Las personas que vivían en los siglos X y XI no mostraban ningún interés en la imagen de niño, ni siquiera en relación a su realidad; ello sugiere que en el ámbito de las costumbres cotidianas, y en el de la transposición estética, la infancia era considerada como una época de transición que pasaba rápidamente y de la cual enseguida se perdía el recuerdo. Luego, hacia el siglo XIII aparecen varias clases de

niños en la conciencia colectiva (algo más cercanas al sentimiento moderno); a su vez, la evolución hacia una representación artística más realista y sentimental de la infancia comenzará muy pronto en la pintura. Sin embargo, los rasgos de realismo sentimental tardarán en extenderse por fuera de la iconografía de índole religiosa. En principio de manera tímida, y luego cada vez con mayor frecuencia, se irá constituyendo una iconografía nueva, multiplicando así las escenas infantiles. Dicha iconografía, que generalmente se remonta al siglo XIV, coincide con una abundancia de historias de niños en leyendas y cuentos devotos; la misma se mantiene hasta el siglo XVII y se la puede seguir en el tiempo a través de la pintura, la tapicería y la escultura. Concomitantemente, P. Ariès sostiene que, durante los siglos XV y XVI, de una iconografía de carácter religioso sobre la infancia finalmente se desprende una iconografía laica en que el niño se convierte en uno de los personajes más frecuentes: el niño en la familia, el niño y sus compañeros de juegos (generalmente adultos), niños entre la multitud, etc. Y luego tenemos el niño en la escuela como tema recurrente y antiguo que se remonta al siglo XIV, el cual no dejará según el autor de inspirar escenas de costumbres hasta el siglo XIX. Retomando el tema de la representación de la infancia, en el siglo XV surge su retrato; en relación a ello, el niño no estaba ausente en la Edad Media (por lo menos a partir del siglo XIII); sin embargo, Ariès sostiene que no constituía/existía nunca por aquel entonces el retrato de un niño real tal como era en un momento dado de su vida. En efecto, a nadie se le ocurría conservar la imagen (retrato) de un niño, visto que la infancia era considerada un pasaje sin importancia el cual no era necesario grabar en la memoria. Cabe aclarar que esa indiferencia era una consecuencia directa (e inevitable) de las características demográficas de la época en que fallecía gran cantidad de niños. Ahora bien, aun en condiciones socio-sanitarias desfavorables, la nueva afición por el retrato indica que la niñez comienza a salir del anonimato; incluso la aparición del retrato del niño muerto en el siglo XVI marca un momento sumamente relevante en la historia de los sentimientos hacia la infancia. Consecuentemente se tiende a representar al niño solo y por sí mismo, siendo ésta la gran novedad del siglo XVII. A su vez, la importancia otorgada a la

personalidad del niño se halla relacionada con una cristianización más profunda de las costumbres. Dicho interés por la infancia precede en más de un siglo a la transformación de las condiciones socio-demográficas. Entonces, las familias se preocupaban en ese tiempo de hacer vacunar a sus hijos; aquel cuidado contra la viruela supone pensar en un estado anímico que debía favorecer al mismo tiempo otras prácticas de higiene, permitiendo de este modo un retroceso de la mortalidad, compensado éste en parte por un control cada vez mayor de la natalidad. Otra representación de infancia que expone Philippe Ariès, desconocida de la Edad Media, es la del niño desnudo; la misma aparece a finales del siglo XIV y, sin duda, se reconoce en ella al Eros helenista recuperado; de hecho, el tema del niño desnudo fue acogido de forma inmediata con un fervor extraordinario. Luego, como se pudo referir, en el siglo XVII la escena de costumbres reservará un lugar privilegiado a la infancia: se aprecian así innumerables escenas infantiles de índole convencional, esto es, la lección de lectura, de música, niños y niñas leyendo, dibujando y jugando. Finalmente, Ariès afirma que el descubrimiento de la infancia comienza en efecto en el siglo XVIII.

Infancia y educación: referencia histórica para la psicología del desarrollo

Philippe Ariès recuerda en principio la ausencia de gradación de los programas educativo-didácticos, la simultaneidad de la enseñanza y los métodos orales de repetición, rasgos propios de la pedagogía medieval. Más bien se ingresaba tarde en la escuela; hasta el siglo XII aproximadamente la escolaridad duraba hasta los trece o catorce años, esto es, la época de la pubertad. Luego, durante los siglos XII y XIII (debido al movimiento universitario) se estableció la costumbre de un ciclo largo que sustituía a la escuela elemental y, aceptando al estudiante hacia los trece o catorce, lo acompañaba hasta aproximadamente los veinte años. La evolución en la enseñanza se impuso a finales de la Edad Media con el triunfo de un ciclo más corto que debía finalizar hacia los quince años. Ariès introduce en este análisis la existencia de una preocupación totalmente moderna, esto es, la correlación entre la edad y los estudios. En efecto, la Edad Media ignoraba esto completamente. Al respecto, el autor

sostiene que es muy raro hallar en los textos datos precisos sobre la edad de los estudiantes; la ausencia de referencias a las edades duró mucho tiempo. El elemento psicológico esencial de aquella estructura demográfica es la indiferencia respecto a la edad de los que la componen, cuando por el contrario, dicha preocupación por la edad prevaleció luego en el siglo XIX, hasta la actualidad. Generalmente, los principiantes tenían unos diez años de edad; sin embargo, sus contemporáneos no prestaban atención a ello y consideraban natural que un adulto que quería aprender se mezclara con una asistencia infantil, ya que lo que importaba por aquel entonces era la disciplina enseñada, cualquiera que fuera la edad de los estudiantes. Así, en aquella sala se reunían personas de todas las edades, de diez a veinte años, incluso de mayor edad todavía. No existía vocablo específico para designar al adulto y se pasaba sin transición de “juvenes” a “senes” (en palabras de Ariès); en vez de estar separadas por la edad, las relaciones entre adultos y jóvenes estaban reglamentadas por las tradiciones de iniciación que asociaban muy de cerca a los niños con los mayores. A propósito, hoy en día esta suerte de “promiscuidad” de edades sorprende, cuando no escandaliza; de hecho, los contemporáneos de aquel tiempo histórico estaban tan poco sensibilizados a ella que ni la notaban. Cabe recordar entonces que, en cuanto el niño entraba en la escuela, el mismo ingresaba de manera inmediata en el mundo de los adultos. Aun así, es importante aclarar que desde finales de la Edad Media se empiezan a percibir los gérmenes de la evolución inversa que conducirá a nuestro sentimiento actual sobre la infancia, tan sensible a la diferenciación de las edades. Pero el autor enuncia que hasta finales del Antiguo Régimen subsistirá por lo menos algo de esa mentalidad medieval. De este modo, en la Edad Media, a principios de la era moderna y durante mucho tiempo más en las clases populares, los niños vivían mezclados con los adultos desde que se los consideraba capaces de desenvolverse sin ayuda alguna de sus respectivas madres o nodrizas (pocos años después de un tardío destete, aproximadamente a partir de los siete años de edad). Desde ese momento, los niños entraban de repente en la gran comunidad de los hombres y compartían con sus amigos (jóvenes o “viejos”), trabajos y juegos cotidianos. Ariès afirma

que en esas “existencias” demasiado densas, colectivas, no quedaba espacio para la privacidad. Por otro lado, la familia cumplía preferentemente una función: la transmisión de la vida, de los bienes y de los apellidos; apenas incurría en cuestiones de sensibilidad. No obstante, si bien la familia moderna puede concebirse sin afecto, en ella ya estaban arraigados tanto el cuidado del niño como la necesidad de su presencia.

Como pudo leerse, la civilización medieval había olvidado la “paideia” de los antiguos y aún ignoraba la educación impulsada por los modernistas. Por el contrario, nuestra sociedad depende hoy en día (y de hecho lo sabe) del éxito del sistema educativo. En este marco, ciencias recientes como el psicoanálisis, la pediatría y la psicología se dedican a los problemas de la infancia y su desarrollo, llegando sus consignas según Ariès a los padres a través de una vasta literatura de vulgarización. Añade, en relación a ello, que nuestra sociedad está obsesionada con los problemas físicos, morales y sexuales de la infancia; preocupación que no conocía la civilización medieval porque para esta última no había ningún problema: el niño, desde su destete, pasaba a ser el compañero natural del adulto. Las clases de edad del neolítico, o de la paideia helenista, suponían una diferencia y un paso del mundo de los niños al de los adultos, transición que se efectuaba gracias a una iniciación o a una educación. La civilización medieval, por su parte, no percibía dicha diferencia y carecía así de esa noción de paso. Luego, a principios de la era moderna, el gran acontecimiento fue la reaparición del interés por la educación; interés que inspiraba a eclesiásticos, legistas e investigadores, aún escasos en el siglo XV, pero cada vez más numerosos e influyentes en los siglos XVI y XVII cuando se fueron mezclando con los partidarios de la reforma religiosa. Eran principalmente moralistas antes que humanistas; se percibe así, por aquel entonces, una verdadera moralización de la sociedad. Se ha podido constatar su influencia sobre la historia de la escuela, esto es, la transformación de la escuela libre en colegio vigilado. En lo sucesivo se reconoce, en ese contexto, que el niño no está preparado para afrontar la vida; que es necesario someterlo a un régimen especial, a una suerte de cuarentena, antes de permitirle vivir con los adultos. Este interés nuevo por la educación se irá implantando poco a poco

en el núcleo de la sociedad y la transformará por completo. La familia deja de ser únicamente una institución de derecho privado (para la transmisión de los bienes y el apellido) y comienza a asumir una función moral y espiritual. En este marco de transformación social e institucional, el interés por la niñez inspiró nuevos sentimientos propios de la modernidad. Tanto la familia como la escuela retiraron al niño de la sociedad de los adultos en que se hallaba inmerso; dicho fenómeno apareció en el siglo XVIII cuando la misma familia occidental acababa de reorganizarse en torno al niño, levantando entre ella y la sociedad el muro de la vida privada. Al respecto, Philippe Ariès afirma: “La familia moderna no sólo sacó de la vida común a los niños, sino igualmente suprimió gran parte de la dedicación y de las preocupaciones de los adultos. Dicha familia corresponde a una necesidad de intimidad y también de identidad, pues los miembros de la familia se reúnen por sus sentimientos, sus costumbres y el tipo de vida, y se oponen a las promiscuidades impuestas por la antigua sociabilidad.” (Ariès, 1987: 22).

Como puede suponerse hasta aquí, todos ellos son temas que incumben a una psicología del desarrollo abordada desde una perspectiva histórico-epistemológica, dejando ver (a través del recorrido teórico efectuado en este trabajo) el surgimiento y construcción de categorías que utiliza, entre ellas: infancia, temporalidad, incluso corporeidad, todas ellas de relevancia para comprender la especificidad de los procesos psíquicos que tienen lugar en el sujeto-niño en contextos socioculturales, institucionales, y por ende discursivos.

Consideraciones finales

A través de esta ponencia de índole esencialmente teórica se buscó indagar en fundamentos conceptuales contruidos e instituidos a través de la historia de Occidente, tomando para ello los aportes de Philippe Ariès, abriendo a posibles líneas de investigación orientadas a responder a interrogantes como los que se mencionan a continuación: ¿por qué es necesario delimitar el concepto de infancia en el marco de las investigaciones en Ciencias Sociales? ¿Cómo se establece la relación entre el trabajo psíquico en la niñez y la construcción de la temporalidad, en términos esta última de edad cronológica como elemento

referencial en Psicología del Desarrollo? ¿En verdad se puede pensar en “nuevas” infancias si se tiene en cuenta el estudio conceptual encauzado desde un enfoque histórico? Y vinculado a ello ¿cómo puede pensarse la infancia en articulación con las “nuevas” lógicas/formas culturales? ¿Cómo justificamos, en tanto investigadores y profesionales de la Psicología y de la Educación Física, el problema epistemológico que supone pensar en un “niño normal”, tanto en estudios del desarrollo “esperable” como en problemáticas referidas al concepto de discapacidad? Estas y otras preguntas, como por ejemplo las relacionadas con la corporeidad humana entendida como “...fenómeno social y cultural, materia simbólica, objeto de representaciones y de imaginarios...” (Le Breton, 1992: 7) invitan a emprender futuras consideraciones e indagaciones conceptuales por el hecho de quedar abiertas a debate y reflexión teórica.

Referencias bibliográficas

Ariès, P. (1986). La infancia. *Revista de Educación*, (281), 5-17. Recuperado de <https://sede.educacion.gob.es/publiventa/detalle.action?cod=507>.

Ariès, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Recuperado de http://iin.oea.org/Cursos_a_distancia/El_nino_y_la_vida_familiar.pdf.

Le Breton, D. (1992). *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.